

Autor VILLAGRAN, Helga
Obra(s) leída(s) poemas
Materia poesía
Procedencia copia de la cinta facilitada por la Biblioteca Pública Nº6,
de Punta Arenas
Lector el autor
Lugar y fecha de la grabación copia Biblioteca Nacional 6-diciembre-1970
Tipo de reproducción cinta magnetofónica
Ubicación caja 13, banda 1, 125-252.
Tiempo de grabación 12'
Observaciones 3.3/4-9,5

Semblanza de mi padre

Alguien lo describió hace años como "un volcán con ropaje humano; hombre difícil de definir, lleno de entusiasmo y dinamismo". Y eso era mi padre, Angel Raúl Villagrán. Un hombre que ancló en Magallanes y escribió sobre la zona, que aquí estaba el porvenir de Chile. Un hombre que tuvo en su alma la poesía del clima y la soledad de la distancia: "Días de escarcha y de lluvia/ bajo el fragor del invierno..." "¡Qué blanda cae la nieve/ en esta noche de enero...!", que caminó el sur magallánico con sus viejas botas de milico, por lo que en Puerto Natales lo apodaron "El soldado desconocido". Un hombre lleno de increíbles facetas, que amó el amor y la vida hasta el último momento. Ese era mi padre. Un poeta sentimental y romántico, un negro fregado, un alegre bohemio, un padre sin igual.

Podría decir de él muchas cosas. Pero dejaría traslucir la parcialidad de mis sentimientos, y sólo deseo, para aquellos que fueron sus amigos, para quienes lo estimaron y quisieron, presentarles por última vez, la imagen de este hombre que emigró hacia tierras más cálidas, portando en su alma un trozo de Magallanes, llevando en sus maletas las tantas flores de oro que conquistó con su pluma, los tantos recuerdos, su gran inquietud.

Entre sus muchos escritos, artículos, ensayos, cuentos y poesías, me legó un número de "Vértice". Un pequeño periódico literario que nació y murió muy joven, donde algunos consagrados de hoy, balbucearon sus primeros poemas. Corresponsal de la revista "Vea" por muchos años, gremialista, luchador, y una vez candidato a diputado, donde obtuvo veinticinco votos, mi padre fue todo un personaje. Y nos amamos profundamente.

Una cruel enfermedad, el mal de Parkinson, lo tuvo a mal traer los últimos diez años. Pero salía a caminar tan malamente como lo hacía, y contaba historias mezclando su humor. Entre ellas, soñaba, escribía, amaba.

Su muerte fue pacífica, como la prolongación de un sueño, y su alma, celeste, debe vagar libremente por los sitios que él recorrió en vida, de norte a sur, en campo, valle o cordillera.

Me cuesta pensar que no volveré a verlo. Pero la paz de su partida me toca el corazón como una mariposa de alas asedadas. Si sembró de amor y de ternura mi camino, ¿cómo dejar de brindarle esta semblanza?

Helga Villagrán.

Rumbo al II Encuentro de
Escritores de Magallanes

El retorno

Retornar a Magallanes, es como volver al sitio de la infancia, los inviernos nevados, la escarcha en la ventana. Es como volver a oler el pan recién salido del horno de aquella vieja estufa a leña y a carbón, como pasear por "la Bories" con las medias escolares, como deslizarse en un trineo de palo cerro abajo y caer de bruces sobre la blanda nieve del recuerdo. Es, una gama increíble de emociones, todas juntas, aflorando, cuando el avión toca tierra luego de cruzar en un vaivén silencioso las aguas del Estrecho, a dos horas y tanto de Santiago.

Solo al bajarse, nos recibe el vientecillo austral que nos enrojece la nariz y si hay hielo cubriendo la pista, habrá que recordar como mantenerse en pie sobre los cristales multicolores de la escarcha. El paisaje quieto, amarillento y desprovisto de los altos cerros que nos surcan el horizonte santiaguino, nos entrega como bienvenida, la quietud típica, añorada y nostálgica de la provincia... ya no es necesario correr, sino que el tiempo alcanzará para todo. Habrá tiempo de ver a los viejos amigos que no han variado su forma de apreciarnos, habrá tiempo de visitar los senderos del campo santo donde reposan nuestros deudos, habrá tiempo de un whisky, de un corro de colegas, de oír los últimos chismes y de integrarse a lo que ha tiempo se dejó, por ir en busca de una promesa futurista de mejor alcance, de mayor realización.

Cada vez que se retorna a Magallanes, el deseo de permanecer se nos sabe como una posibilidad única de volver a la rutina que se abandonó, las paredes tibias del hogar, el fin de semana por el sur o por el norte descansando la inquietud y el cansancio semanal, la mesa dispuesta al mediodía, el asado, y el grupo alegre de amistad.

Sin embargo, aun cuando románticamente Magallanes sea la cuna de nuestros mejores sueños, el lugar donde nacieron nuestros hijos, donde murieron muchos de aquellos que quisimos, donde siempre hay un fogón inundándonos de calor y de humanidad, llega el momento de abandonarlo. Ya no nos duele dejarlo como el amor que no fue correspondido. Tampoco lo dejamos definitivamente. Siempre nos queda el buen deseo que esperamos que el Indio de la Plaza haga algo por su cumplimiento; nos queda un eslabón más, agregado a la sarta de recuerdos, nos queda el ansia inacabable de volver en busca de aquello que fue parte de nuestras vidas cuando eramos jóvenes, y dábamos alegría a las calles centrales, las funciones de cine, las fiestas escolares. Todo lo que sigue siendo ahora, en otros jóvenes que partirán también algún día, y quien sabe si retornarán...

El retorno a Magallanes, es regresar a viejos valores que son parte de uno mismo, a reencontrar la vida que se perdió en la geografía, a verse retratado en la nostalgia, a mirar largamente el horizonte de cielos infinitos, y sobre todo, es volver a la amistad y el cariño que permanecen inalterables y únicos en medio de la aridez de la subsistencia, de la soledad y la lejanía.

Helga Villagrán

Rumbo al II Encuentro de
Escritores de Magallanes

Recordando a Noemí

Helga Villagrán

Era joven, tímida y siempre andaba atrasada. Delgada y de baja estatura, se volvía temperamental cuando al llegar a la escuela por las mañanas, la campana ya había sonado. Hacía clases de inglés y en ello ocupaba cuarenta horas semanales y a veces más. Era muy importante, decía, ganarse el pan. Y tras eso, dejaba cada día su goce de maestra, y sus ansias de mujer. Tenía mala suerte en el amor. Tampoco tenía tiempo para mejorar esa mala suerte. A veces, tenía miedo de sus propios alumnos, que sabiéndola débil o habiéndole descubierto el Talón de Aquiles, hacían desórdenes que la dejaban llorando. Eran fieros alumnos. Grandes, maceteados e insolentes; estaban a punto de egresar para integrarse al mundo del trabajo. Venían de hogares donde había que aprender a luchar fieramente por subsistir y defenderse, y a veces, hasta hacían alarde de esas especiales condiciones personales para molestar a un profesor; sobre todo, si este profesor era una dama, joven, tímida e insegura.

Me tocó en suerte conocerla a través de la tacita de café servida en el casino, cuando éste estaba ubicado bajo la escalera. Era durante el recreo largo, y disponíamos de varios minutos para platicar la amistad. A veces se nos sumaba Enrique, la Tatiana o Héctor, y nuestra colega Noemí se contagiaba de esa risa fácil y sencilla como la taza de café. Hacíamos planes para el fin de semana y siempre la arrastrábamos a un bautizo, un malón, unas empanaditas, o una intrascendente reunión en casa de algún colega común. Le alegrábamos las horas y solía decirnos a menudo... "Ustedes me levantan el ánimo..." y nadie se explicaba el por qué una chica joven, profesional y nada de fea, siempre estaba amargada... siempre tenía una tristeza metida en las pupilas y daba la impresión de que le costaba sacar la nariz por sobre lo mediocre y sin valor de la vida.

Nos costó poco tiempo darnos cuenta de esa tristeza que parecía venir de una soledad única, de una soltería casi elegida. Era el único sostén de sus padres, ya ancianos, y esa responsabilidad la hacía ser más vieja y sosegada. Un día cualquiera su padre falleció y recuerdo haberla visto sollozando a medias, porque todo era más hacia adentro que hacia el exterior. Su madre quedó muy sola. Rememoraba en mi alguna flor silvestre como su hija, de esas que crecen en los campos aromando tenuemente el paisaje, y que pasan dando su perfume a todos, sin recibir riego alguno.

Una vez faltó a clases un día, dos y fueron varios. Antes que la fuéramos a ver, había partido a Santiago. Tenía un cáncer avanzado. Y no volví a verla nunca más. Cuando me trasladé a Santiago alguien me nombró una clínica "X" y allí fui a verla, pero, se había marchado.

Largo tiempo después, recibí una carta de ella donde me decía que milagrosamente la Virgen la había salvado. Estaba en una Congregación Religiosa al otro lado de los Andes. Me alegró saber de su vida en ese entonces. Sin embargo, tres o cuatro meses después que recibí esa carta, supe que Noemí había regresado a Punta Arenas, y había fallecido.

Su imagen se me apareció tal como era, con esa tristeza increíble para tomar la vida, con el deseo de compartir las alegrías y el optimismo de otros, con su tímida sonrisa, sus cien atrasos mañaneros. Y en lo vulnerable que es la vida, la amistad quedó como algo imperecedero y único, a través de la taza de café que compartimos bajo la escalera de la escuela, en aquellos días en que Noemí Alvarez trataba de enseñar el idioma de Shakespeare a muchachos que a lo mejor, hace tiempo, la olvidaron.

Vistazo a Punta Arenas

Cuando ya nos hemos alejado largo tiempo y pretendemos dar un "vistazo" de nuevo a la tierra de nuestras nostalgias, encontramos que la distancia se ha alargado en treinta y cuatro mil pesos y la geografía nos golpea tanto en el bolsillo, como en el deseo de acortar el kilometraje que nos separa de nuestros recuerdos. Sin embargo, de alguna manera, volvemos. Y volver significa reencontrar viejos afectos, aunarlos, disfrutarlos y luego, decirles hasta siempre. Hay un calorcillo especial durmiendo en los valores de la amistad que no se olvidan, y el paisaje nos recibe con ese colorido cambiante del Estrecho y el amarillo verdoso de los campos. Allá, desde el avión, se divisa la ciudad recostada perezosamente a orillas de la playa y un racconto nos regresa a los antiguos laberintos de la infancia, a la desprendida en forma dolorosa y que en esa misma forma retorna, cuando el paisaje es exactamente el mismo, y al bajarnos del avión nos saluda solidario el espectacular viento de noviembre.

Caminamos por la calle Bories. La larga arteria a cuyos costados brillaron las vitrinas del quehacer comercial magallánico. Muchos vacíos. Como una vieja desdentada que nunca pudo reponer sus piezas principales, muestra los huecos de lo que fue la Casa Blanco y Negro, la antigua Casa de las medias, y las puertas de La Ciudad de Londres se muestran herméticas como señalando que el viejo esplendor de los casimires ingleses ya pasó a mejor vida en sus mostradores. Un poco más allá y siguen los vacíos. Un Teatro Politeama que fue un monumento a las compañías extranjeras que pasaron por su escenario, cuyo fantasma duerme bajo las tablas de quizás qué teatro, un Hotel Santussi que nunca se rehizo, una Ferreteria Astur que ya no existe y la vieja estructura se muestra como una ruina carcomida.

Muchos edificios nuevos. Elegancia y modernismo opacan el señorío de las antiguas construcciones que conformaron el Magallanes de ayer, donde la niñez embelesada contempló los escaparates que hoy yacen en el sitio erizado del olvido. Tal vez, otros mejores maquillen el rostro céntrico de Punta Arenas en el futuro, y a lo mejor, cuando regresemos a echar otro vistazo, no nos invada la tristeza del minuto al ver lo poco que va quedando de aquel marco donde paseamos la juventud y las calcetas, aquellos que peinamos canas y exhibimos las arrugas con que el tiempo inexorable va sellando los recuerdos.

Helga Villagrán